



Dib. BERNARD.—París.

Ella... ¡y se marchó con Mary, mi peor enemiga...!
El.—¡Qué espantoso castigo para él!

Ayuntamiento de Madrid



BUEN HUMOR



PRECIOS DE SUSCRIPCION (PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNION POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA (Buenos Aires)


Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.	
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos.

Agencia en Cuba para la venta: Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería, S. A., Apartado 605. Habana

Agente exclusivo en Puerto Rico: D. Manuel Mocete Padilla (Ponce)

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5. — MADRID. — Apartado 12.142



PAPEL
DE
FUMAR

BAMBÚ



LOs TAMOyO
POLVO INyECTICIDAs
LEYER y COMP^a
SON INFALIBLES PARA LA DESTRUCCION DE TODA
CLASE DE INSECTOS

Sección recreativa de BUEN HUMOR

por DIEGO MARSILLA

BASES PARA EL CONCURSO DE ABRIL

Primera. Se concederán tres premios a los concursantes que envíen el mayor número de soluciones exactas a los pasatiempos que se publicarán en los números de BUEN HUMOR correspondientes al mes actual.

Dichos premios consistirán en tres objetos de arte.

Segunda. Si varios concursantes remitiesen igual número de soluciones exactas, se sortearán entre ellos los premios correspondientes.

Tercera. Todas las soluciones habrán de remitirnos reunidas antes del día 10 de mayo, haciendo el envío a la mano

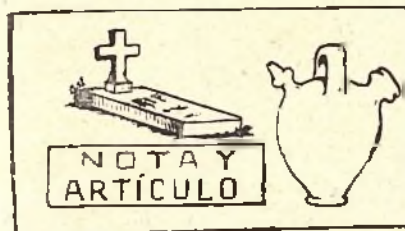
a nuestra Redacción por correo, precisamente a nuestro apartado número 12412. En el sobre debe ponerse: *Para el Concurso de pasatiempos*.

Cuarta. Para optar a los premios será condición indispensable enviar las soluciones acompañadas de los cupones del mes de abril inserto en esta página. A los suscriptores de

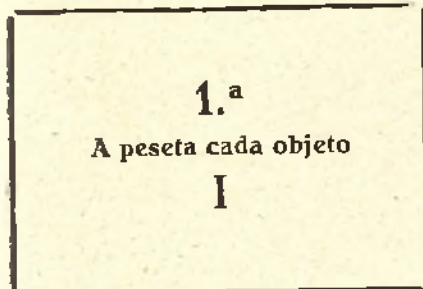
BUEN HUMOR les bastará con indicar esta circunstancia al remitirnos sus pliegos.

Quinta. En uno de los números del mes de mayo se publicarán las soluciones y los nombres de los concursantes que las hayan enviado exactas. En este número anunciaremos también la fecha en que ha de celebrarse el sorteo de los premios.

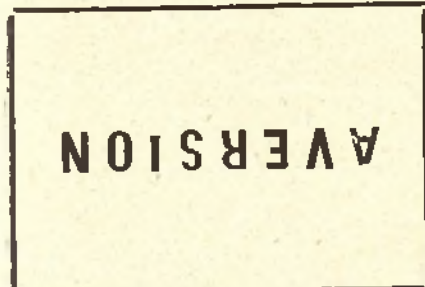
1.—Para pasar cómodamente el verano



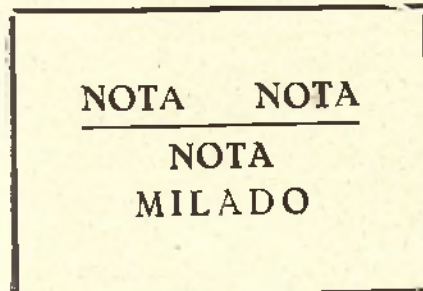
2.—¿Que te parece esa muchacha?



3.—Muy necesario para un músico



4.—Un sabio suele estarlo casi siempre



**SOMBREROS
BRAVE
6-MONTERA-6**

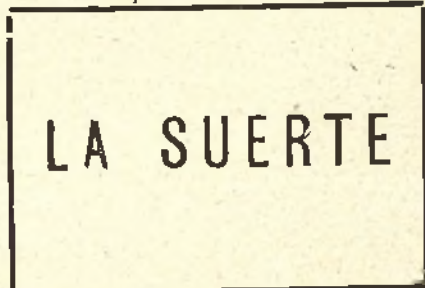


5.—Charada

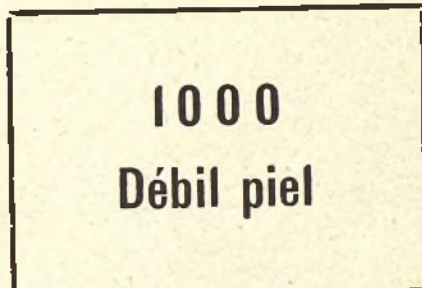
—Con ese *segunda prima* que llevas por chaqueta y esa *prima segunda* en la cabeza, ¿cuálquiera te conoces? ¿De qué es esa disfraz?

—De *prima segunda prima*, ya ves que todo.

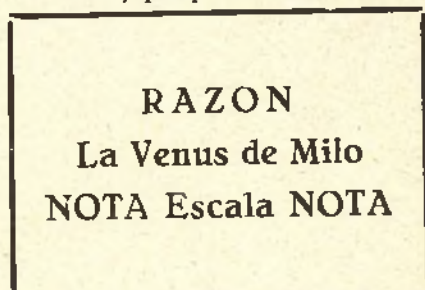
6.—Cambiando de sitio una letra, se puede refrescar



7.—Tontería



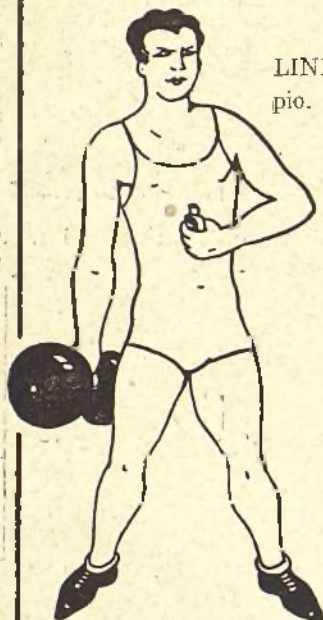
8.—Niño; hoy no vas a casa del vecino, que puedes molestar



Cupón núm. 1

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de abril.

EMBROCACIÓN "HÉRCULES"



LINIMENTO suave y limpio. Cura REUMA, DOLORS, GOLPES, CONTUSIONES, LUMBAGO, etcétera.

Unico producto español que es fácil y absorbible por la piel, dejándola blanca y fina.

VENTA: Principales Farmacias y Centros Farmacéuticos. Autor: G. Fernández de Mata La Bañeza (León).

HERNIAS
Brazeros científicos.
J. Campos
Único MEDICO
ORTOPEDICO
de MADRID
Agente Figuera 8

CUPON

correspondiente al número 331 de
BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo
trabajo que se nos remita para
el Concurso permanente de
chistes o como colaboración
espontánea

LAMINOR

Exijan joyas, relojes LAMINOR, único double
oro 18 quilates.—Garantía: 10 años.—Venta:
joyerías y bisuterías fijas.
Agencia Laminor: Apartado 355-BARCELONA

BUEN HUMOR lo vende en la ISLA DE CUBA CULTURAL, S. A.

PROPIETARIA DE
La Moderna Poesía, Pi y Margall, 135
Librería Cervantes, Avenida de Italia, 62
HABANA



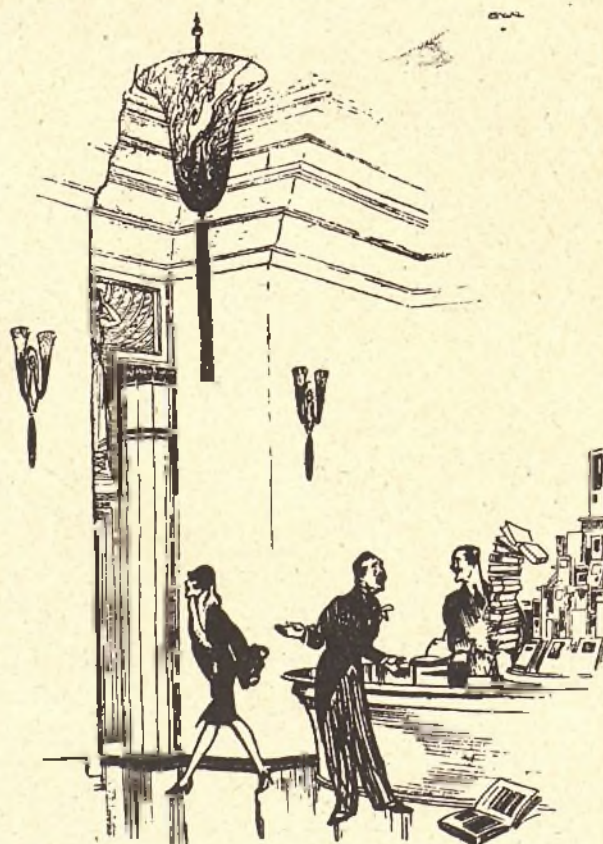
PEDID SIEMPRE

TAP-SOT

El primero y mejor

FIJADOR para el cabello

EN PERFUMERIAS



—Ha estado usted incorrecto con esa señora que
sale...

—Sí, señor; es mi mujer.



CHARLAS DOMINICALES

DOMINGO de Ramos!...
¡Día de estrenar!...
¡Y eso que, actualmente el verdadero día de estrenar es el sábado de Gloria!...

Más de quince estrenos se anuncian para esa fecha.

¡Oh, fecundidad de los autores!...

¡Yo no sé cómo no se les Muñoz Saca el cerebro!...

¡En fin: volvamos al tema inicial!

Hoy es el día de las palmas...
(¡Mozo!... ¡Serenito!...)

Y no sólo de las palmas para llamar al camarero o al vigilante nocturno; sino de las palmas Académicas.

¡El día de Pérez de Ayala, como si dijéramos!

¡Fiesta simpática ésta de los ramos de oliva, de los ramos de romero, y de los ramos de locura... (¡Véase la "Sinrazón" de don Ignacio!)

De todas las conmemoraciones cristianas, ninguna tan alegre como esta del Domingo de Ramos.

Las iglesias lucen en sus portadas amarillas palmitas que las hembras de buen palmito adquieren para colgarlas del balcón.

—“Aquí hay una soltera”—
dicen esas gráciles hojas de palmera, inclinadas sobre los hierros de los balcones, y sujetas por dos cursis lazos de cinta rosa.

—Me alegro de verla buena—
suele contestar el transeunte pollo fruta, algo intersexual y enemigo del matrimonio...

Pero allí sigue la romántica palma, hasta que las lluvias la oscurecen y el curso de los días la convierte en una especie de escoba de las

que usan las huestes de don Cecilio Rodríguez...

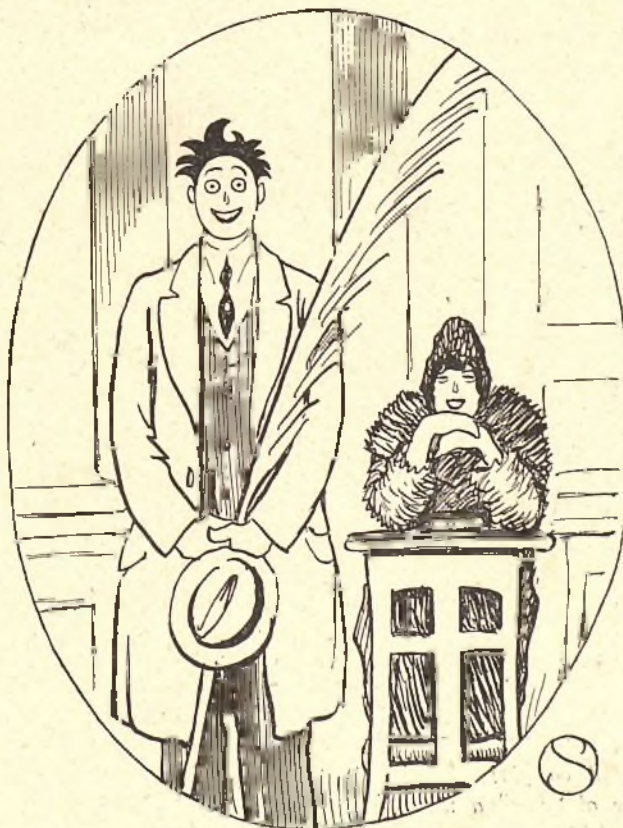
Simbólica es, en verdad, la vida de estas hojas curvas y graciosas, que, amarillas un momento, se ajan y marchitan en seguida...

¡Tal es su significado!... El Redentor las vió frescas sólo tres días. Al tercero fué crucificado. Y es que las palmas no le duran ni a Cristo. Esta vida es un continuo pateo...

Nada más difícil que la ovación. Eso es de que las palmas hagan humo es un fenómeno muy raro...

(Y ese fenómeno, no es Cagancho.)

¡Palmas y pitos!... Entre esos dos dilemas (como decía aquel), gira nuestra existencia.



Dib. SILENO.—Madrid.

Pero hoy se trata únicamente de las palmas.

Hoy se trata de ponerse un terno nuevo, y de echarse a la calle en busca de una rica devota...

¡Ande la eugenesia!...

Y aludimos a la nueva Ciencia porque creemos que una rica devota es lo más sano que puede hallarse para constituir familia.

Hay que procurar que no nos entierren con palma.

En tal día como hoy, debemos tener dos pensamientos esenciales.

¡El de casarnos y el de estrenar!...

“Quien no estrena en Domingo de Ramos, no tiene pies, ni tiene manos.”

Eso dice un refrán español en verso, que parece de Ardañín.

¡Procuremos seguir sus preceptos!

¡Seamos buenos, y nos llevarán en palmitas!...

Si vivimos bien, nuestra muerte será tranquila. Y es preciso prepararlo todo para cuando palmemos...

Y ¡no nos pongamos tristes!...

La fiesta de ramos es alegre; y si se quiere, vinícola.

Sobre las puertas de los ventorros se ve amenudo un ramo harto significativo.

¿Qué debemos hacer ante ese emblema?...

Pues... echar un trago.

—¡Pare usted la jaca, amigo!...

Y a propósito: ¿han visto ustedes la comedia que lleva tan sugestivo título?...

Todos los domingos se pone en escena dos veces. ¡Y da un dinerito!...

¡Esos sí que son los domingos de Ramos!...

De Ramos de Castro...

Y ni una palabra más.

LUIS DE TAPIA

QUISICOSAS

I

A UN REPORTERO QUE EN CIERTA INFORMACIÓN ME LLAMÓ

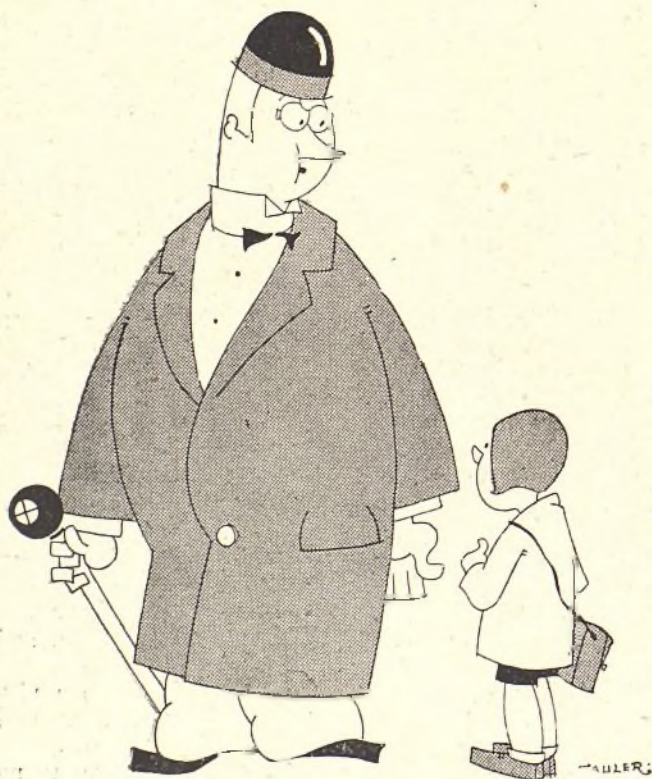
"MANSO DE ZÚÑIGA"

Apreciable informador:
Padece usted un error
apellidándose así,
pues soy Zúñiga, eso sí;
pero ¿manso? no, señor.

II

EL IDEAL EN LA BOCA

Don Ramigio, el fiero republicano,
fué a ver al odontólogo Serrano,
que le dijo al paciente,
después de examinarle atentamente:
—Esta muela, señor, se *desmorona*
y es preciso ponerla una corona.—
A lo cual objetó don Ramigio:
—¿No sería mejor un gorro frigio?...



Dib. TAULER—Madrid.

—¿Cómo no fuiste ayer al colegio?

—Porque tuve que llevar al "cine" a mi papá.

III

APLICACIÓN DE UNA FRASE

El párroco de Valdecachaza es tan pesado para celebrar el Santo Sacrificio, que, al terminar diciendo "Ite, misaest" (idos, se acabó la misa), todos los fieles responden siempre con el ayudante: "Deo gracias" (¡gracias a Dios!!)

IV

DOS MAL HABLADOS

Dijole a César su amigo
Bruticio de la Pecera:
—¿Por qué adelantas tu boda?
Yo creo que la deberías
dejar para "in illo tempore".
A lo cual objetó César:
—¡Qué bárbaro! ¡Habrás querido
decir "ad calandrias griegas"!...

V

DEL RELATO DE UN CHÓFER

—Como al pueblo llegamos por la noche,
no encontramos cobijo—dijo el Chato—.
¿Y sabéis qué ocurrió? Que tuvo el coche
que pasarse la noche *ab intestato*.

VI

LOS TRESS GÉNEROS

"El cura de aldea" (en cine).
"La cura" (de Muñoz Seca).
"Locura (En plena)", en el Circo...
¡Qué cosas más estupendas!...

VII

¡VAYA POR DIOS!

—¡Pues, señor, hoy todo se me da mal!—me decía ayer un vecino alegre—. Me proponía ver a Fifi y al amigo Fritz; después, filmar una película; más tarde, comprar *flit* contra las moscas, y, por último, pasar un rato de flirteo con Paz... ¿Crées que he podido realizarlo?... Pues no; al fin, ni Fifi, ni Fritz, ni film, ni flit, ni flirt...

JUAN PEREZ ZUÑIGA

Ecós de algunas partes

(Porque ya hemos dicho repetidas veces que de todas partes no puede ser.)

Noticias fidedignas de Copenhague (y fideíndignas de que se las comente con gracia y con irrespetuosidad) nos hacen saber que un eminente doctor, llamado Kruker Malmöen, y llamado todos los días a las siete por su criada para que se levante, acaba de hacer un descubrimiento que no vacilamos en calificar de sensacional.

El susodicho doctor, cuyas manos

besamos (si no las tiene sucias por haber reconocido a algún enfermo, de esos un poco cerdos que hay); el susodicho doctor, repetimos, ha descubierto que el mejor purgante del mundo es la gasolina de automóvil.

Después de pacientes y encarnizados estudios, ha conseguido demostrar que el individuo que se purga con gasolina corre que se las pela.

Y tal es la velocidad desarrollada, que puede llegar a alcanzar hasta noventa por hora.

Dicho sea con el debido respeto, opinamos que para un purgante no es esa la velocidad soñada.

Noventa por hora es poco.

Porque sin tanto bombo, conocemos nosotros infinidad de productos purgatorios, con los cuales se llega al ciento inmediatamente.

Y hasta se llega al ciento con diez.

Con diez céntimos de propina, como es costumbre muchas veces para quedar bien con la gente que hay cerca del lugar del suceso.

En un periódico chino hemos visto con sorpresa y con gafas un adivino de Pekín que se dedica a hacer charadas, y que las hace tan difíciles que la gente tiene que estudiar veinte años para dar con la solución.

Una de las más graves es la que tenemos la imprudencia de presentar a nuestros lectores, y que dice así:

Mi primera, mal.

Mi segunda, peor.

Mi tercera, muchísimo peor.

Y mi todo, el delirio de lo malo.

Hemos estado, ante esta charada, las horas muertas y parte de las vivas sin desentrañar el misterio. Hemos pedido ayuda a Buda (que nos la podía prestar pistonuda..., y perdonen ustedes tanto consonante); y ni con la ayuda del dios ha sido posible que lleguemos a averiguar la solución de la charadita.

Pero, después de tan arduos y bestiales esfuerzos, un rayo de luz ha brillado sobre nuestras calvas y nos ha hecho felices de un golpe.

La solución no podía ser más que esta:

¡El tren mixto, de Madrid a La Coruña!...

Porque, en efecto, la primera, mal; la segunda, peor; la tercera, muchísimo peor, y el todo, la caraba pasando por Villalba.

Mucho hemos tardado en encontrar la solución, es verdad, pero mucho más tardaríamos en encontrar La Coruña, si tuviésemos la suicida ocurrencia de tomar billete en el susodicho mixto.



Dib. GARRIDO-OLIVAR-STREPT.—Madrid

—Pero mujer ¿No te he dicho que la vaca le sentará mal?... ¿Por qué no le pones gallina?

—Porque en este pueblo, hasta que no se van a morir, no se les pone carne de gallina.

Pero eso, no. Preferimos ir andando delante de la máquina, aun a trueque de que la máquina se estropee por obligarla el maquinista a marchar a nuestro paso.

En las inmediaciones de Tamaulipas existe una posada en la cual no se le facilita al viajero más que un mullido lecho para acostarse y un ancho tazón de café para levantarse.

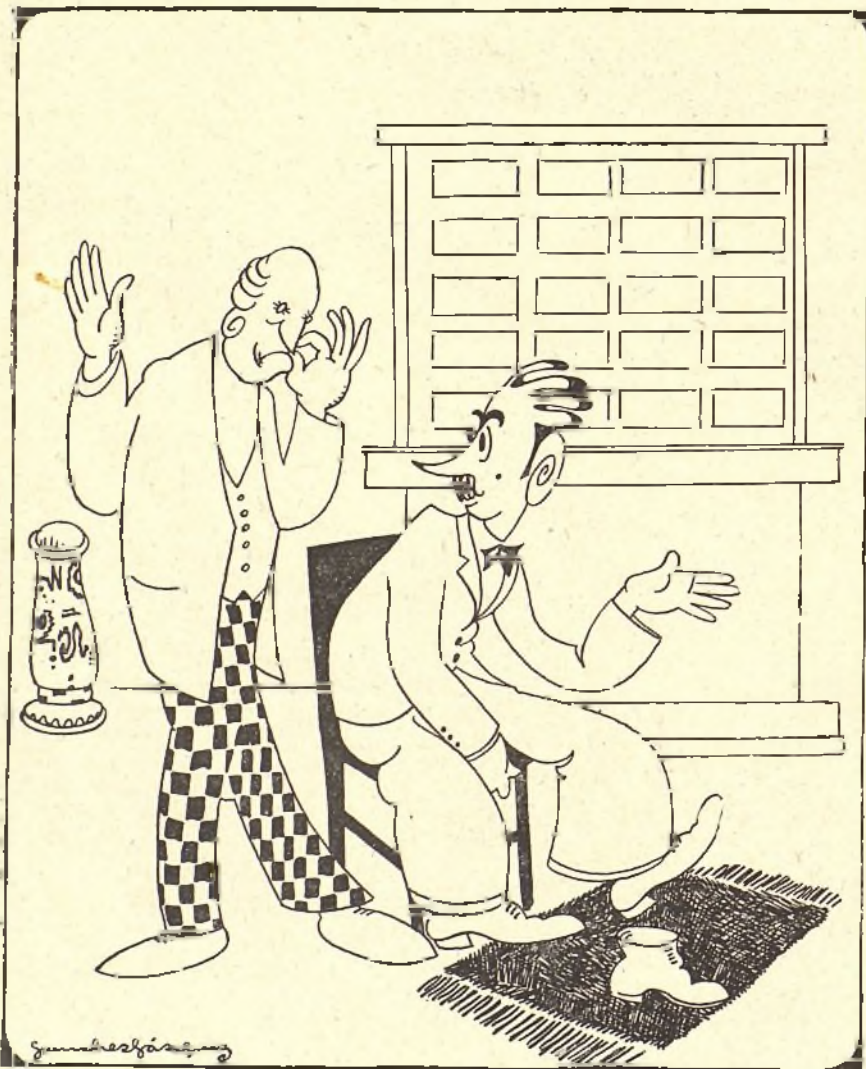
Es inútil pedir más comida ni más confort; pero ya lo advierte el si-

guiente letrero que puede verse en la posada:

Café con *lecho*, 50 centavos.

Una revista culinaria de Burdeos recomienda el siguiente procedimiento para beber un vino delicioso sin necesidad de gastar mucho dinero:

"Cójase un gran vaso de vino de Chateau-Laffitte, añádasele una porción de anís y mostaza, mézclese con un gramo de azúcar, caliéntese todo al baño María y póngasele al sereno.



Dib. SÁNCHEZ VÁZQUEZ.—Málaga.

—¡Que son caras en cuarenta pesetas!... Fíjese usted en el magnífico becerro que ha entrado en ellas.

BUEN HUMOR

Al día siguiente será un néctar de lo que no hay."

En España no es posible hacer eso. Y la razón es clara como la luz que no sea eléctrica.

Si en España se pone al sereno un vaso de vino en esas condiciones al día siguiente no queda ni gota.

¡Porque es que el sereno se lo bebe en cuanto se lo pongan!

En el Japón se está estudiando un procedimiento para llevar el correo, por debajo del mar, de una isla a otra.

No se piensan utilizar submarinos, como pudieran ustedes creer, sino unos buzos con buen sueldo, los cuales podrán conducir la correspondencia más económicamente que los submarinos.

Inútil es decir que los buzos que lleven las cartas, ya no se podrán llamar buzos, si los japoneses quieren hablar con propiedad.

Habrá que llamarlos buzones, que es lo lógico, lo oportuno, lo bonito y lo congruente.

En un penal italiano ocurrió el otro día un suceso, que está siendo la comidilla (y hasta el pastel y el café) de todos los hombres de ciencia afectos al fascismo y afectos cariñosos a la familia.

Parece ser que un penado del referido presidio, al recibir la noticia de que se había muerto su suegra (que no estaba también en el presidio por un milagro divino) se impresionó tanto y tan hondamente que cayó al suelo, presa de un ataque genuinamente nervioso.

Hay hombres que, por muy criminales que sean, padecen más infortunios de los que en realidad merecen.

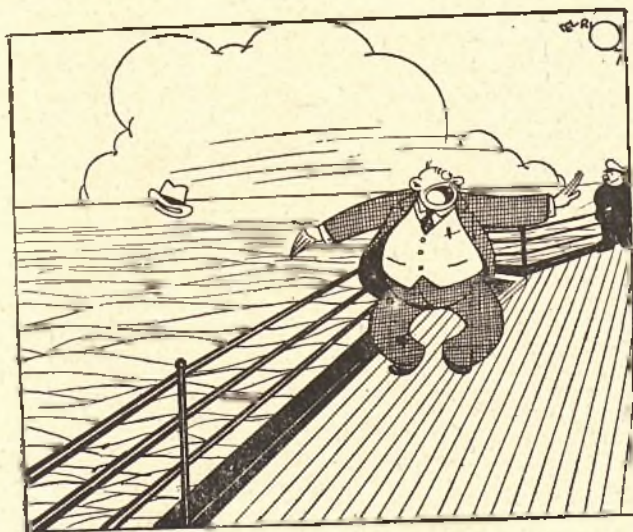
Y uno de ellos es este infeliz, que cayó preso por matar a un semejante y ahora ha caído presa por haber muerto su suegra sin él tener culpa de la diñadura de la nefasta dama.

¡Horrible sencillamente, caballeros y señoras!

ERNESTO POLO

Poesía y prosa vil

Ver despuntar el alba transparente;
ver cómo asoma el sol por el Oriente;
ver el campo, de flores matizado;
respirar aire puro y perfumado...
Oír al ruiseñor, que en la mejana
saluda con su canto a la mañana;
ver cómo serpentea en la floresta
el arroyo que baja de la cresta;
ver cruzar por senderos y caminos
los honrados, robustos campesinos
que, entonando melódicos cantares,
se internan por las huertas y olivares
a ganar, con ahínco y alegría,
el suculento pan de cada día...
Ver al rapaz que, cerca del arroyo,
con sus tiernas manitas abre un hoyo,
y, con sus mismas manos, de agua llena
el hoyito que hizo antes en la arena...
Ver también a la madre, alta y rolliza,
que propina al retoño una paliza,
porque se ha puesto de agua como un pato
y ha perdido una media y un zapato...
¡Ver aves, ver rebaños, ver pastores,
ver del sol los primeros resplandores,
cuando surge entre brumas matutinas
prestando al cielo galas nacarinas!...
¡Paisaje delicioso, esplendoroso,
mágico, soberano, el más hermoso!

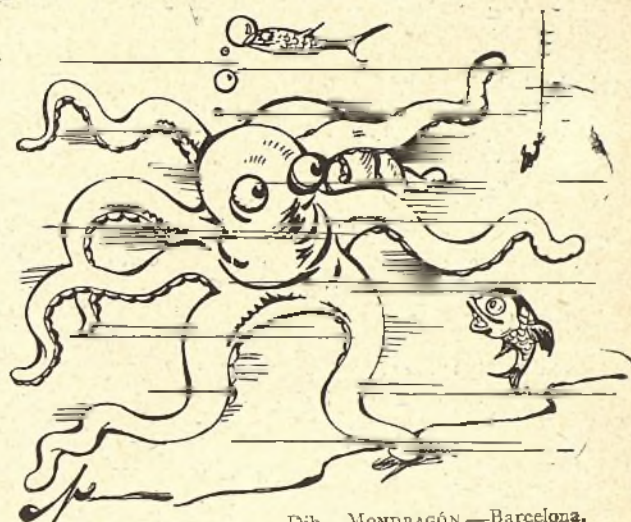


Dib. DEL RIO.—Barcelona.

INGENUIDAD

El caballero a quien el viento acaba de llevar el sombrero.

—¡Capitán, pare! ¡¡Qué me quedo sin sombrero!!



Dib. MONDRAGÓN.—Barcelona.

—El pez.—Qué, ¿se trabaja mucho?

El pulpo.—¡Figúrese! ¡Con la de bocas que tengo que mantener!

¡Visto desde la cama, sosegado,
para seguir allí repantigado!...

¡Por qué, cuando yo bajo la escalera,
los días que por falta de dinero
no he pagado al casero,
me dice buenos días la portera?...
Nunca me explicaré ciertas mani-
as ni ciertos buenos días...

Al ver a un albañil junto a la acera
comiendo con deleite
tomates aliñados con aceite
en unión de su esposa o compañera,
todo burgués de ardiente fantasía
jura que con placer él cambiaría
un cubierto de a duro,
preparado por hábil cocinero,
por aquellos manjares que al obrero
le están sabiendo a gloria, de seguro.
Pero no entra en las mientes del po-
bre que si el otro infeliz come con gana
es porque se ha pasado la mañana
con el cubo, la llana o la piqueta...
¡Y eso, que es lo que excita el apetito,
ya no es tan agradable y tan bonito!...

¡Señores, qué gran cosa es la experiencia!
¡Cómo nos hace ver las cosas claras!...
¡Lo malo es que llegamos a adquirirla
cuando ya no nos sirve para nada!...

X. X. X.

El suceso que se nos viene encima

Se halla entre nosotros el conocido hombre de teatros D. Bernabé Quebrado, empresario que ha sido durante nueve años dos meses y un día de Delirium-Revue, de Guatemala.

Es propósito del señor Quebrado realizar una temporada en Madrid con su invencible compañía de revistas. El Salón Luminoso, donde tendrá lugar la temporada, está siendo objeto, desde hace mes y medio, de una concienzuda desinfección. También se realizan en el importante coliseo grandiosas obras de ornamentación, como colocación de asientos a las butacas, instalación del techo y restauración de los acomodadores.

Hemos visitado al señor Quebrado en la confortable alcoba de la calle del Tuerto, donde tiene instaladas sus oficinas. D. Bernabé nos recibe en pijama y muy amablemente, por cierto, y sus primeras palabras son para disculpar la sobriedad de la instalación—una cama de hierro, una mesilla, una silla y un cristal (la ventana se construyó pensando en tres).

—Como usted verá, mi amigo, esta instalación es provisional. A fin de mes espero haber salido de acá.

La patrona de D. Bernabé, que asiste a la entrevista porque su virtuosa hija está encendiendo la cocina y por el resto de la casa se ha esparcido amenazadoramente el humo, tercia:

—Sí, eso me temo yo también....

—Y dígame, amigo D. Bernabé—inquiero—, ¿cuales son sus planes, sus propósitos?

—Oh, mis planes, mis planes!...

Muchos y ricos. En primer lugar dar a conocer en España la *Revista amarilla*. Algo alucinante. ¿Tiene noticia...?

Me dispongo a tomar algunas notas. Miro en torno, buscando dónde sentarme. La única silla está ocupada por la patrona. D. Bernabé, con este tacto tan suyo, adivina y acude en mi ayuda.

—Siéntese, siéntese... Aquí, en la cama, o sobre la mesilla. Donde quiera. Está en su casa.

Opto por la mesilla. Me instalo, coloco las cuartillas sobre la espalda de la patrona y espero.

—¿Usted fuma? — me pregunta Quebrado.

—Sí, señor.

—Perfectamente. ¿Un cigarrillo?... ¿Tiene usted la bondad de darme un cigarrillo? Agradecido. Pues sí... La *Revista amarilla* es algo deslumbrador, maravilloso, único. Treinta cuadros, cada cual más vistoso, más sugestivo. Sin decorado, ¿eh?; sin decorado ninguno. Esta es una de mis innovaciones. Sorprendente, ¿verdad? y sin trajes.

—¡Sin trajes, D. Bernabé!...

—¡Sin un solo traje! Ni hombres ni mujeres... Claro que perfectamente justificado.

—¡Ah, siendo así!...

—Desde luego. El primer cuadro es en el Paraíso Terrenal: Eva, Adán, la serpiente... ¿Ropa? Imposible. El segundo en una playa de moda. Imposible, también, vestir a los autores sin falsear la realidad. El tercero, un baile de sociedad. ¡Más imposible todavía! Y así todos. ¿Qué le parece?

—¡Maravilloso!

—Y real. Espero llamar la atención.



Dib. CHOLIN.—Madrid.

—¿Qué guapo es tu marido, Elena!
—¡Pues si hubieras visto al que consiguió escapar!

—Puede usted estar seguro, amigo Quebrado! ¡El éxito va a ser tumultuoso!

—¿Verdad?... Pues añada que, de propina, me traigo un truquito... Verá. En las revistas se ha ido introduciendo poco a poco una costumbre: la de obsequiar al público. Primero fueron menudas y bellas frivolidades: flores, espejitos; luego se derivó hacia algo más útil: caramelos, naranjas, mariscos. Pues eso no es nada comparado con lo que yo me propongo hacer en el Salón Luminoso.

—¿Va usted a regalar armarios roperos?

—¡No tanto, no tanto! En mi *Revista Amarilla* hay un cuadro que se titula "Plato del día". Este cuadro tiene siete presentaciones distintas, una para cada una de la semana: la judía, el arroz, el caldo gallego, la fabada asturiana, el cocido, la escudella y el ragú. Según el día, la *vedette* sale ataviada de un plato o de otro y reparte, entre el distinguido auditorio, raciones abundantes del mismo. ¿Comprende?...
—¡Genial!

—Yo creo que el plato de la judía va a ser, sobre todo, una revolución.

—Seguro.

—Tengo entendido que los madrileños son muy aficionados a ello.

—¿De balde? ¡Hasta el cólico!

—Por eso espero una buena acogida.

—Sin duda. Pero conviene tomar precauciones. Sería conveniente hacer unos programas de mano advirtiendo que los números alimenticios no se repetirán ni que lo pida la Matritense de Beneficencia.

—¿Y eso?

—¿Eso? Porque si no va a haber *dilettante* que se tome kilo y medio de número sin respirar.

—¿Usted cree?

—Más fijo que un simón, D. Bernabé.

—Lo tendré en cuenta.

Y con estas palabras nos apeamos de la mesilla y nos despedimos del innovador empresario.

Al salir a la calle estamos seguros de dos cosas: que la *Revista Amarilla* será más sonada que la batalla de Alcolea y que nos duelen terriblemente los riñones. — LUIS PIELTAIN

EL GRAMOFONO

La historia del gramófono de mi amigo Romualdo Zampacohetitos es una de las historias más extraordinarias que se han contado en Europa desde la lejana época en que el fallecido rey Witiza tomó la primera comunión. Tanto por ese motivo como por el de que hoy no se me viene a la imaginación ninguna otra más interesante, es por lo que voy a inferirselas a ustedes. Allí va:

Romualdo Zampacohetitos, a quien tuve el gusto de conocer en un fumadero de opio de Palencia, era un fervoroso entusiasta de toda clase de adelantos mecánicos. Todo lo que significara un nuevo invento tenía en él su más decidido partidario y su más ferviente admirador. Él fué el primero que paseó en automóvil por Palencia, él quien implantó en dicha ciudad el uso de las pipas de dril, los motores para pegar sobres y las trituradoras de bolsillo para cortar los bistés de los restaurantes económicos.

Pero, sin duda, la cosa que más le hubo de emocionar de todas fué la aparición

del gramófono. Mi amigo era un gran entusiasta de la música y del "bell canto" y su admiración hacia esas dos manifestaciones del arte le impulsó a comprar inmediatamente uno de los susodichos y parlantes aparatos.

La adquisición de este marca en cáñamazo una de las fechas más memorables de su existencia. Romualdo no se ocupó durante mucho tiempo de otra cosa que no fuese todo

lo que tuviera relación con su gramófono. Lo cuidaba, lo mimaba y lo idolatraba; procedía con él como un padre con el más pequeño de sus hijos. Se pasaba el día quitando y poniendo discos y, cuando la bocina comenzaba a dejar salir aquellos torrentes de voz, mi amigo, lleno de

"Gitanillo", traducido al esperanto.

Llegó a ser un verdadero esclavo del gramófono. Hacía cosas con él, como darle pastillas de goma para que se le endulzase la voz y echarle por el interior de su bocina, sobre todos los días en que iban a visitarle los amigos, unas claras de huevo.

Hasta que el aparato empezó a darse cuenta de lo que significaba en aquella casa y a darse, por consiguiente, mucha más importancia. Comenzó a ser un gramófono mal educado. A veces tenía caprichos como el de negarse a hablar, y era completamente inútil darle más cuerda o cambiarle la aguja. Otras negábase a entonar un determinado disco; y otras encariñábase con un determinado *couplet* y era inútil, se le pusiese el disco que se le pusiese, impedir que no lo tararease. Recuerdo el día que le pusimos el "Parsifal" y él se empenó en intercalar trozos de "Agua que no has de beber".

Y era en vano todo lo que se hacía para corregir aquellas extravagancias. Por el contrario, en

manera de proceder fué haciéndose cada vez más intolerable. Era muy frecuente, sobre todo cuando había alguna visita y se le ponía algún disco, que en mitad de él el gramófono diabólico se interrumpiese para decir por cuenta propia: "La señora de don Romualdo usa bisoné", o bien "Ayer cuando vino la lechera con la factura, los señores dijeron que no estaban en casa".



Dib. FOGUES.—Valencia.

—A los de Pérez les han enviado una invitación para asistir al té y a nosotros no... ¿Es que somos menos?

—No; es que somos "más".

religiosa unción, quedabase suspenso, como si acabase de presenciar un milagro o de presentarse a unas oposiciones a notarias.

Excuso decirles a ustedes que todas sus rentas las empleaba en comprarse discos y que pronto reunió una cantidad grandísima. No había disco que él no tuviese. Recuerdo—para dar una idea de lo completo de su colección—haber visto en su casa el



Dib. ULLOA.—Madrid.

—Dicen que sueles valer una fortuna.

—¡Pues no sé que pague por ello ningún impuesto!



Dib. DESMANTIL.—Madrid.

—¿Y crees que el lápiz me hará rico?

—¡Sí, hombre; no cabe duda que en cada lápiz hay una mina.

Dos días más tarde supe que había ido mucho más allá en sus impertinencias. Así, una mañana de primavera en que mi amigo Romualdo abrió los balcones de par en par para que la tibieza del ambiente inundase la casa, el gramófono asomó bruscamente su bocina por el balcón y con su ruido metálico comenzó a proclamar a grandes voces:

—¡En esta casa no se come pastel!... Además, los señores se pelean todos los días. Don Romualdo es un...

No pudo continuar; el dueño de la casa sacó su pistola y disparó a bocajarro dieciséis tiros sobre la máquina perversa. Cayó al suelo.

—Miserable, me has matado—dijo.

Pero no murió. Mi amigo Romualdo, arrepentido ya de aquel impulso, lo recogió rápidamente y en un tår lo trasladó al sitio más próximo donde podían arreglarlo. Hubo que ponerle tres piezas nuevas.

Pero no quedó bien del todo. Los tiros que le dispararon habíanle asustado muchísimo y a consecuencia de esa impresión quedó casi inservible. Recuerdo haberle escuchado después de aquel percance y que al expresar mi asombro ante Romualdo, me explicó:

—¡El pobre!... ¡Es que tiene hipo!

MANUEL LAZARO

Chistes de todo el mundo

El profesor.—¿Cuál es la causa principal del divorcio?

El estudiante.—El matrimonio.

(De Dorfbarbier, Berlín.)

El doctor había recibido un recado urgente para que acudiera a casa de un joven matrimonio que iba a tener el primer hijo. Al llegar a la casa se encontró con el marido en la puerta esperándole, reloj en mano.

—¿Qué pasa?—preguntó el doctor.

—Nada por ahora, doctor. Mi mujer deseaba saber cuánto tiempo tardaría usted en llegar, en caso de que se sintiera enferma de parto. Ha tardado usted cuatro minutos.

De Pathfinder.



—¿Estás contenta en la nueva casa?

—No sé qué decirle. La señora es una reparona que se fija en todo y el señorito es un panoli que no se fija en ná.

Dib. AREUGER.—Madrid.



Novísimas aventuras de Sherlock-Holmes

LONDRES

Fué en Londres y en la primavera de 1926.

Había ido yo a Londres a que me plandhasen un sombrero flexible, y en la sombrerería—una tiendecita situada en Old Compton Street, (barrio de Scho)—me dijeron que tenía que esperar cuatro días, porque acababan de recibir de la Cámara de los Lores el encargo de reformar setecientas veintidós chisteras de ocho reflejos. (Es decir, un total de cuatro mil trescientas setenta y seis reflejos de chistera.)

En vista de ello, y como yo no sabía de Londres, sino que el Támesis lo atraviesa, decidí darme un paseo por la ciudad y conocerla lo suficiente para poder discutir con las amistades.

Me pareció oportuno dar la sensación de que también yo era inglés y me compré un monóculo. Traté de colocármelo en la órbita derecha, pero el monóculo se me caía de un modo repugnante. Entonces ideé un truco original; me puse el monóculo y me lo sujeté al cráneo con una venda. Y ya, satisfecho y tropezando de vez en cuando con los transeúntes, tomé la dirección de Hyde Park.

La mañana era tibia, y daba gusto contemplar las nubes, que corrían hacia Occidente, y los presbíteros que corrían hacia la Abadía de Westminster.

Largas filas de automóviles se deslizaban por las calles y con cierta frecuencia, un auto se precipitaba sobre un transeúnte desprevenido y le partía la columna vertebral por la parte del capital. Cuando ocurría esto, el *policemen* de servicio se acercaba al codhe homicida, y entre el *policemen* y el *chauffeur* se entablaba el siguiente diálogo:

POLICEMEN: *Individus death?* (¿Está muerto el individuo?)

CHAUFFEUR: *Very death!* (¡Completamente muerto!)

POLICEMEN: *All vight!* (¡Muy bien!)

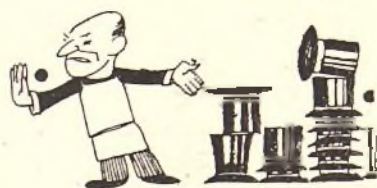
El difunto era recogido del suelo, el *policemen* se acercaba al auto, dibujaba con tiza en el *capot* una rayita vertical, indicando que una nueva víctima había caído bajo aquellas ruedas, y la vida—llena de flema londinense—seguía su interrum-pido curso.

Así es de frío el carácter inglés.

(Asteriscos.)

EL HOMBRE DE HYDE PARK

Como en Londres no se mide por kilómetros, sino por millas, las distancias son terriblemente largas. De manera que el cubrir el recorrido de Old Compton Street a Hyde Park a mí me costó seis horas de caminata y un penique, que le di a un mendigo musical que tocaba un *aria* dinamarquesa golpeando con una pipa de ámbar en dos botellas vacías de Ginebra.



Entré en Hyde Park por el sendero de la derecha, junto a la plazoleta de las begonias. (Véanse *planos*.)

Y como estaba fatigadísimo, tanto de andar como de mirar por un solo ojo, porque con el ojo en que llevaba el monóculo no veía lo más mínimo, busqué un banco para sentarme. Pronto descubrí varios muy confortables.

Elegí uno orientado a mediodía, y que tenía un único ocupante abismado en la lectura de la última edición del *Times*, murmuré un saludo anglosajón y me senté.

Pasaron cinco minutos y dos aeroplanos.

Gozaba con la quietud del ambiente y con el gorjeo, dulcemente británico de los pajarillos, cuando el compañero de banco que leía el *Times* me hizo esta pregunta de Carnaval:

—Caballero: ¿No me conoce?

Alcé la vista y distinguí un rostro noble, severo y anguloso; unos labios delgados; unas cejas de arcos bizantinos y unos, cabellos peinados con fijador, y que, a pesar del fijador, blanqueaban en las sienes. Aquel hombre... Aquel hombre... era...

Le reconocí a punto.

—¡Usted es Pacheco, el estanciero de Buenos Aires, que...

El otro me interrumpió, negando con la cabeza.

—¿No? Entonces... ¡Ah, sí! Es usted Novales, aquel teniente de navío, que una noche, en Copenhague...

Nueva interrupción con nueva negativa.

—¡Ya caigo!—exclamé por fin—Es usted Peporro Lacovisa, el secretario de...

El desconocido negó otra vez, moviendo la cabeza, y con acento irritado exclamó:

—Soy Sherlock Holmes. ¿No recuerda?...

Me quedé sin habla. Algo invisible recorrió mis nervios y sentí el frío de los momentos cumbres.

—¡Es verdad!—susurré—Pero... ¿Usted no había muerto ahogado en las cataratas del Niágara?

—Fué un falso rumor—dijo Holmes—. Caí, en efecto, en las cataratas del Niágara, pero no me ahogué; no hice más que mojarme. Me sal-

vé a nado y, como realmente estaba ya fatigadísimo de mi oficio y además había por el mundo algunos individuos que me las tenían juradas, me conformé con pasar por muerto, y he vivido largos años pescando con caña en una aldea de la Patagonia. La vida del campo y el acento argentino me han devuelto las energías y estoy dispuesto a luchar de nuevo en mi antigua profesión. Ayer llegué a Londres, disfrazado de perro vagabundo...

—¡Disfrazado de perro vagabundo!—exclamé con asombro.

—Sí. Supongo que usted recordará que siempre tuve una gran habilidad para adoptar disfraces diversos... Ayer llegué y, nada más entrar en mi casita de Backer-Street, ya me surgió un misterio que aclarar.

—Entonces—pregunté alegremente—, ¿sus aventuras comienzan de nuevo?

—La vida comienza mañana, según Guido de Verona—replicó el detective al mismo tiempo que me guiñaba un ojo; gesto en el que comprendí que a Sherlock le parecía Guido de Verona un cursi elevado al cubo—. Pero ha habido una cosa que me ha impedido comenzar hoy mismo mis trabajos.

—¿Qué cosa?

En lugar de contestar, Sherlock se levantó, sacó una lupa, se dirigió a un árbol próximo, que hacía rato que contemplaba con los ojos entornados, y, examinando la corteza del árbol con la lupa, dejó escapar estas incomprensibles palabras:

—¡Lo suponía! Una L y una H entrelazadas... Lo que me han contado de los botines es mentira.

Me quedé como quien ve visiones en la oscuridad de un pasillo.



—¿Qué dice usted?

—Nada... —replicó malhumorado el policía—Hago observaciones, y le

aconsejo que no me dirija preguntas estúpidas.

Sentándose de nuevo en el banco, añadió:

—Decía antes que ha habido una cosa que me ha impedido comenzar hoy mismo mis trabajos. Esta cosa es, sencillamente, que carezco de un ayudante. ¿Quiere usted ser el ayudante que necesito?

—¿Yo?

—Usted, sí. Es usted ágil, sabe jugar al ajedrez, mide un metro sesenta de estatura y se llama Enrique. Necesito un ayudante que reúna esas condiciones.

—¿Y cómo sabe usted que...?

—Porque lo deduzco todo. Ya se irá usted acostumbrando a mis deducciones. He deducido que se llama usted Enrique, porque usa usted calcetines grises.

Aunque no vi aquello muy claro, me abstuve de hacerle nuevas pre-



guntas a Sherlock. Reflexioné un rato. Realmente mi vida no tenía objeto. ¿Por qué no intentar la aventura?

—¡Vamos! ¡Rápido! ¡Decídase!... —gruñó Sherlock Holmes— Hemos hablado demasiado y urge ya hacer algo serio. Tiene usted tres minutos para decidir.

—Ya he decidido—contestó con firmeza.

—No importa que haya usted decidido—replicó el detective—. Yo acostumbro a conceder siempre tres minutos para decidir. Tiene usted tres minutos. ¡Decida! El tiempo es oro (1).

Me quedé mirando al cielo, como si reflexionase, para no contrariar al gran policía; pero, como ya antes había reflexionado lo suficiente y no me gusta malgastar mi cerebro en tra-

(1) Sherlock dijo "Time is money", pero yo, que domino el inglés, traduje al punto la frase por "el tiempo es oro".



bajos inútiles, en los tres minutos concedidos me entretuve en calcular cuánto tiempo tardaría en llegar de Madrid a Cáceres un hombre que anduviese a gatas, a razón de dos kilómetros por hora y descansando un día por cada catorce leguas.

Casi iba ya a saber el tiempo exacto cuando me interrumpió la voz cortante de Holmes:

—Han pasado los tres minutos. Es usted mi ayudante, ¿sí o no?

—Pues bien, sí—le declaré al detective.

Permaneció unos segundos ensimismado; luego habló cogiéndome por la solapa izquierda:

—Separémonos. Vivo en Backer Street, 57. Esté usted allí mañana, a las seis de la tarde. Entre sin llamar, cogiendo la llave de la puerta, que estará, como siempre, debajo del limpiabarros. Mi criada es sorda y no debe usted preguntarle nada, porque acabarían usted y ella por hacerse un lío tremendo. No se olvide de llevar un gorro encarnado de los llamados /ez y un pie numano de escayola. Hasta mañana.

Y Sherlock Holmes se levantó. Pasóse una mano por la despejada frente, tomó de una cajita de plata un polvillo de cocaína, lo absorbió por la nariz cuidadosamente para no perder ni una sola partícula, y, con la cabeza inclinada, en aquel gesto tan suyo y tan personal, echó a andar rápidamente y no tardó en desaparecer al final de la avenida de las palmeras huérfanas. (Véanse planos nuevamente.)

Eran las cinco y veinticinco y aplaba viento noroeste.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

(En el número próximo publicaremos el episodio completo titulado "Los asesinatos incongruentes del castillo de Rock").

ALBERTO Pulseras de pedida
7,"CARRETAS, 7



Ese hombre del silbato que véis correr jadeante de extremo a extremo el campo con el plausible empeño de estar, como Dios, en todas partes; ese hombre, es el verdadero héroe de una tarde de fútbol.

Para él no hay nunca gloria, y, sin embargo, qué sinsabores y disgustos suelen ocasionarle estos formidables encuentros.

—Hoy no he escapado mal—nos decía en cierta ocasión un gran “réferee”—; sólo he recibido dos puñetazos en una mandíbula y un puntapié en el coxis.

Y no exageraba nuestro amigo, porque con frecuencia vemos durante esas discusiones, que motivan la suspensión momentánea de un partido, lanzarse un “capitalista” al campo sin otra misión que coger al “hombre del pito, darle un “bick” o un “strick” y volver tranquilamente a su asiento.

Y sin embargo, bien sabe Dios que en la mayoría de los casos el “réferee” es ajeno por completo a muchos de los accidentes que a él se le atribuyen.

Yo fui juez de campo en cierta ocasión, y desde luego en un trance desesperado de la vida estoy dispuesto a aceptar cualquier otra misión, la de verdugo por ejemplo, antes de verme en el mismo caso.

Es cierto que un cúmulo de casualidades vino a entorpecer el desempeño del cometido que me había sido conferido y que yo acepté por honrar una antigua y buena amistad.

Tenia lugar el partido en un pueblo de La Mancha, de cuyo nombre no siento deseo de acordarme. El campo estaba limitado en dos de sus lados por unos muros tras de los cuales se alzaban dos grandes caserones que a mí me parecían almacenes.



En la parte donde existían dichos muros no había público, porque entre ellos y la línea del campo quedaba una faja de terreno de apenas un metro.

Alineados los equipos empezó el partido, y a los pocos minutos rodó el balón hacia los muros y sonó un silbato. Los jugadores interrumpieron la lucha mientras el público prorrumplía en una atronadora salva de aplausos. Yo no había tocado el pito. Lo juro solemnemente, pero como no era cosa de entrar en discusiones, cogí el balón, lo coloqué en el suelo y estirando con energía el brazo derecho con el índice en ristre, grité: —¡Allí!

Y una ovación estruendosa acogió mi decisión.

Con la mayoría del público francamente a mi favor, continuó el partido, pero yo estaba hondamente preocupado pensando en el silbido misterioso, hasta que transcurridos unos minutos volvió el balón a rodar por cerca de las tapias y de nuevo sonó el silbato.

También esta vez el público aplaudía frenéticamente. Yo, indignado, estaba dispuesto a formular la protesta más enérgica, pero como seguían los aplausos y los hurras, coloqué el balón en el suelo, e inspirado en la más estricta justicia, extendí el brazo con la misma energía que lo había hecho anteriormente, pero en dirección contraria, y el público acogió mi decisión con la protesta más ruidosa que se haya podido escuchar en un campo de fútbol.

No estoy seguro, pero en medio del ensordecedor griterío de la irritada multitud, me pareció oír una voz cavernosa que solicitaba mi cabeza.

Y como no me resignara a enjua-

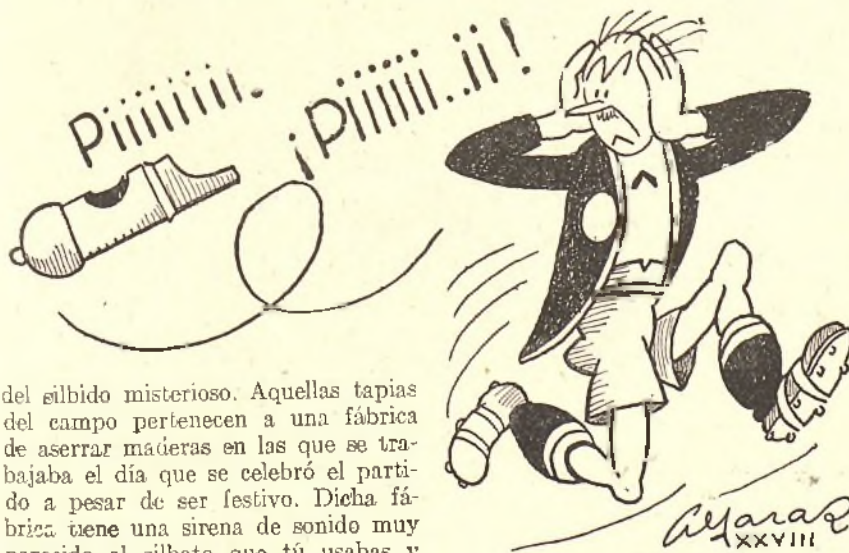
gues y componedas empezó una acalorada discusión sin que fuera posible llegar a un acuerdo.

Por fin se suspendió el partido de los cremas y lilas, pues tales eran los colores de ambos equipos, y entre los lilas y los cremas salió yo verde de las cosas que aquel publicito me había dicho.

Fui derecho a la estación acompañado únicamente de un amigo, del amigo que allí me había llevado en calidad de "réferee" y al que expliqué por el camino lo del misterioso silbido.

Con cara de asombro escuchó mi amigo el relato prometiéndome esclarecer lo sucedido, y en efecto, al mes recibí una carta suya en la que me decía:

"Por fin hemos podido aclarar lo



del silbido misterioso. Aquellas tapias del campo pertenecen a una fábrica de aserrar maderas en las que se trabajaba el día que se celebró el partido a pesar de ser festivo. Dicha fábrica tiene una sirena de sonido muy parecido al silbato que tú usabas y

que, por lo visto, ya intencionada o inadvertidamente alguien la hacía sonar cuando el balón se acercaba a los muros.

"Aclarado todo lo sucedido te esperamos para el día de San Agapito, festividad del pueblo. Queremos desagraviarte.

"Se jugará un gran partido de fútbol y tenemos verdadero empeño en que lo arbitres tú..."

Cuando leí aquella carta, una leve sonrisa se dibujó en mi rostro y no sabía si contestar o no a la invitación.

Al fin, tomé indignado la pluma y aconsejé a mi amigo:

"Que os arbitre la fábrica."

CARINO

Historia de un ventrílocuo

—Voy a referiros una historia verídica y extraordinaria—anunció, de improviso y sin que nadie le hubiera dado motivo para ello, nuestro amigo.

E inmediatamente, rompiendo la costumbre que marca una pausa preliminar necesaria para que el narrador tosa, encienda un cigarro, beba el líquido que antes si tiene o cruce una pierna sobre la otra, prosiguiendo:

—El profesor Rodolfo era un ventrílocuo admirable. Los muñecos con que se ayudaba para la demostración escénica de su arte tenían, todos y cada uno de ellos, no sólo un tono de voz y una pronunciación diferente, sino una psicología tan gra-

ciosa y determinada que el público dejábase llevar de la ficción y reía las ocurrencias salidas del estómago del profesor Rodolfo como si realmente brotaran de las grotescas cabezas de cartón (1).

Además, el ventrílocuo dominaba varios idiomas y podía, por lo tanto, actuar ante públicos de nacionalidades diversas y obtener una fama mundial e indudablemente merecida al

(1) Al autor no se le oculta, pese a la general creencia, que los ventrílocuos no hablan con el estómago, sino que, únicamente, desfiguran la voz natural; pero hace uso de dicho error para la mejor realización del cuento. Sirva de disculpa.

mismo tiempo que espléndidas ganancias.

Hasta que un día, o por mejor decir, una noche...

Vosotros habéis oído decir que un sobresalto, una sorpresa, produce a veces tal conmoción en el sorprendido que le enmudece para siempre. ¿No? Asentimos todos.

—Pues bien—continuó—; el profesor Rodolfo, una noche, cuando tras de la última representación se dirigía al hotel, fué detenido por unos ladrones que le despojaron de las alhajas y de la cartera.

Durante algunas horas el profesor Rodolfo lamentó el suceso, pero hasta el día siguiente, en el momento de actuar ante el público, no advirtió el mayor mal causado por los atracadores. ¡El profesor Rodolfo no podía hacer hablar a sus muñecos! ¡El profesor Rodolfo había perdido su condición de ventrílocuo! ¡El profesor Rodolfo se había quedado mudo del susto sufrido la noche antes!... Conservaba su voz natural, sí; pero la voz que, saliendo del estómago, maravillaba a los espectadores, habíase perdido para siempre...

Se suspendió la representación de aquel día.

Y ya estaba el pobre ventrílocuo mudo resignado a abandonar su arte, cuando una idea salvadora llegó a su cerebro para indicarle un camino fácil y glorioso...

La realización de esa idea fué la que le hizo anunciarse en los carteles del siguiente modo:

“¡Gran acontecimiento! ¡Espectáculo nunca visto! ¡Arte y originalidad! ¡Presentación del profesor Rodolfo, el único ventrílocuo que hace hablar a sus muñecos por señas!”

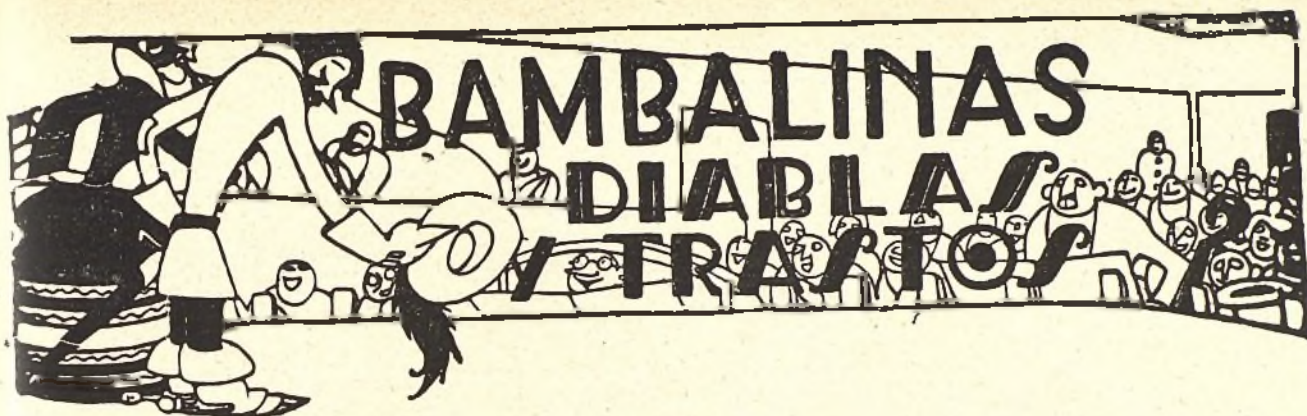
—Seguramente, vosotros, que sois unos incrédulos—terminó nuestro amigo—, negaréis veracidad al relato; pero yo os aseguro que es cierto, como es cierto también el éxito que el profesor Rodolfo obtuvo con la innovación de su trabajo. ¡Oh! Consiguí un público entusiasta constituido, en su mayoría, por sordomudos, mudos y novios de esos que, por tener que entenderse a mucha distancia, hablan por señas.

José SANTUGINI



Dib. Lopez Rey.—Madrid.

—¿Y dices que Roque es vegetariano?
—Sí; aborrece la carne... de membrillo.



FLOREO DE ABRIL

Llevamos una semana cruel. No hemos cesado de ir al teatro por la mañana, por la tarde, por la noche... Y es agotador. No lo decimos porque las obras sean malas; nada de eso; todas son maravillosas. Pues no faltaba más. Nosotros como críticos, somos de jarabe y jalea. ¡Cualquiera es el guapo que se expone a lo contrario! ¡Como están las cosas!... ¡Quí!... Los críticos que ven defectos en todas las obras son puestos en los cuartos de los teatros con una crudeza crítica mucho mayor que la empleada por ellos con las creaciones dramáticas. "¡Ese?... Ese es un amargao"... "Ese lo que tiene es bilis"... "No; pues lo que es conmigo, no; yo le daba un estacazo..." "Aquí le han retirado la butaca..." "Es que no puede ser: no le gusta nada"...

¡Calculen los lectores!... Si el infeliz tiene que ir al teatro un día y otro y encima de no gustarle nada le quitan la butaca, le desacreditan el hígado y le amenazan con un estacazo... ¡cualquiera se expone a otro tanto!...

Nosotros, no... Pero en esta semana trágica no ha dependido lo trágico de que no nos gustaran las obras; al contrario; ¡qué preciosidad todas ellas!... ¡qué novedad! ¡qué ingenio! ¡qué vanguardia y qué retaguardia!... ¡qué todo!... Pero "siempre perdiz, cansa", dice el refrán... Y en estos últimos tiempos hubo perdiz, y faisán, y estornino con trufas, y pavo a la gelatina...

Por la mañana, Berta Singermann, en la Zarzuela; y algún que otro concierto; por la tarde, más conciertos, de la Sinfónica, de la Filarmónica, de arpa, de ocarina, de instrumentos de pereusión y de instrumentos de viento. Tuvimos que quedarnos en casa para oír una emisión de Radio, excepcional y tuvimos que salir de ca-

sa con la lengua fuera para acudir al Palacio de la Música; luego por la noche, a Lara, y después a la Comedia; y al Alkazar, y al Infanta, y a Price, y a...

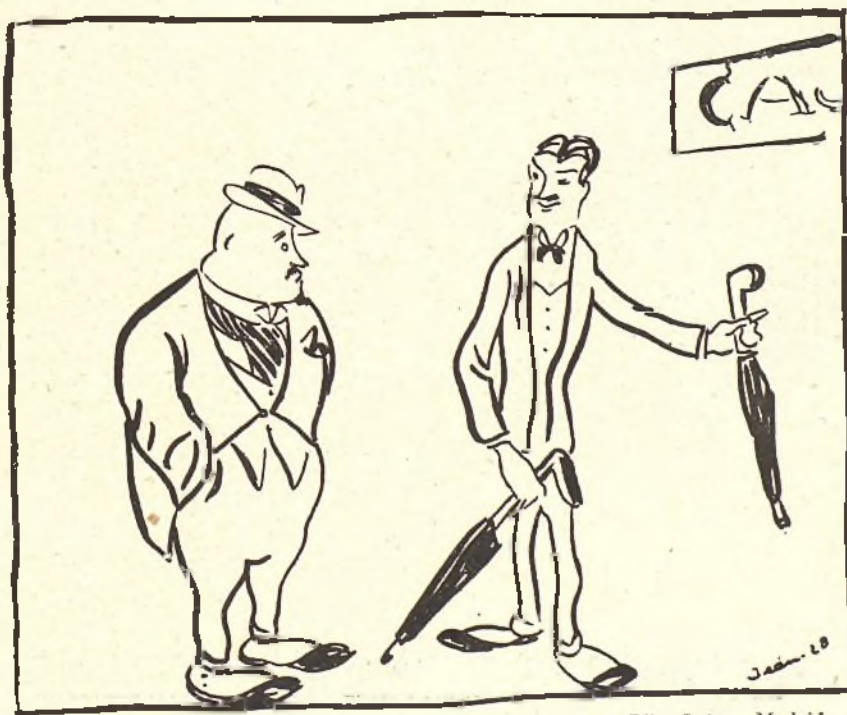
¡Pensar que habrá jovencitas soñando con ir al teatro!...

EL CAÑON BERTA

Berta Singermann se ha quedado este año sin nuestro elogio y sin nuestro madrigal... No ha sido porque nosotros no somos todo ojos y todo oídos ante su figura y su arte. Cuando Berta Singermann abre la boca la abrimos nosotros también; y cuando ella la cierra, nosotros, no; seguimos boquiabiertos. Tiene que venir el

acomodador a ponernos el tapabocas para que no tenga consecuencias bronquiales el efecto admirativo de la recitadora admirable.

¡Qué garganta, lectores; qué garganta! ¡Ustedes han oído decir que la garganta humana es un órgano? Pues no hagan caso: immodestias... La garganta de las gentes en general no pasa de ser una carraca o, cuando más, un organillo... Para órgano, señores, órgano de catedral, el de Berta. Berta es, como su nombre indica—y perdonen el desagradable recuerdo germánico—una mujer cañón. Y da en el blanco. El blanco—valga como madrigal—es, entre otros varios, uno.



Dib. JEÁN.—Madrid.

—Sí, el modelo me gusta, pero... ¿por dónde se abren estos paraquas?...
—Señor. ¡por la tela!

LA CURA Y LO CURA

En Lara, dos autores: uno, Velloso, y otro (el Sr. Muñoz Seca) que no tiene un pelo de tonto, nos ofrecieron, bajo el nombre de *La Cura*, un bocadillo dramático. Le llamamos bocadillo porque la obra nos ofrece, siguiendo la estructura de los mismos, entre dos lonchas de pan de munición (los actos primero y tercero) un acto de jamón requeteserrano (el segundo).

En él vimos, además, con una admiración creciente y definitiva, la labor de Hortensia Gelabert, que en el susodicho acto del jamón estuvo

para chuparse los dedos... Nos referimos a su labor como actriz. Como dama, ya sabemos que Hortensia es, no una flor, una maceta; pero como actriz, si la hemos ya admirado en otras ocasiones, en esta se nos apareció como algo excepcional y archisuperior de veras...

Pepe Balaguer, con ser tan bueno, tuvo para estar—como estuvo—a la altura de su *partenaire*, que sudar tanto... que hubimos de estar cuarenta o cincuenta admiradores abanicándole durante el entreacto a estilo boxeador, con toallas de todas clases, hasta con esas *toallas* especiales, con *h* en medio y todo, que se

venden, según vemos con frecuencia, en algunos establecimientos.

¡PARE USTED LA INSPIRACION, AMIGO!

Ramos de Castro tuvo, en el teatro de la Comedia, un éxito merecido con su obra "¡Pare usted la jaca, amigo!" A nosotros—dicho sea de paso—nos ha partido por el eje, pues va para diez meses que tiene un distinguido empresario una obra nuestra en la cual nos permitimos el lujo de bromear unas miajitas con la costumbre al uso de colocarle cantos a las piedras, y eso—cuando menos en lo de ser primero—nos lo ha chafado un poquirritín nuestro querido compañero. Ya el canto a Madrid del señor Pastor-poeta había sido para nosotros un cantazo, pues también chirigoteábamos lo nuestro con eso de los cánticos castizos, y ahora va a parecer cuando se oiga nuestra obra que se nos ha ocurrido todo eso a propósito de ellas y van a erocer las gentes que nuestra Musa, ¡la infeliz!, se dedica a la imitación, cuando, en realidad, a lo que se ha dedicado—como estos casos comprueban—es a la profecía.

Nosotros, sin embargo, no tenemos en cuenta para nada estos fatales golpes de la adversidad. Cada vez que nos pisan un callo, sonreímos. ¡Ramos de Castro obtuvo aplausos y los obtuvo en buena ley? Pues ¡para él la perra gorda!

Y los obtuvo en buena ley. ¡No faltaba más! Ocurrencias, versos fáciles, oportunidades satíricas... Por haber, hasta hay argumento. Y sale a escena. Eso no se ve todos los días. Muchas veces buscamos el argumento por doquiera y ¡que si quieres! Aquí, no; aquí sale. Y se está en una esquina del escenario durante toda la representación para que no lo dude nadie. Y encarna, para más acierto, en el excelente actor Sr. Riquelme.

La obra, entre otras ventajas, tuvo la de probar y evidenciar que la Sra. Muro sigue tan gentil como siempre; que el Sr. Ortas es un cómico de más recursos buenos de lo que parece, y la de corroborar una vez más la madurez admirable del Sr. Zorrilla, que recitó y accionó de una manera prodigiosa los trozos "poéticos" que le correspondieron.



Dib. SERNY.—Madrid.

—¡Chica, pues yo oro que todos los hombres son tontos!

—Todos no, mujer; aún quedan algunos solteros.

LUIS DE VARGAS Y EL NUEVO AYUNTAMIENTO

Coincidiendo con los proyectos planteados en el Congreso de la Eugenia, ha planteado Luis de Vargas un contraproyecto eugenico en su obra *¿Quién te quiere a ti?*, estrenada en *La Latina*.

Los doctores nos prescriben un amor con arreglo a heráldica, cosmética, analítica, microscopia y profilaxis. Pero, a lo mejor, sale de la unión de dos birrias, un premio de belleza. Evidente, evidéntísimo: no hay nadie capaz de ingerir una disolución de engrudo y yeso; ni hay nadie capaz de echarse al cuerpo un poco de betún disuelto en agua. Sin embargo, se juntan ambas cosas y sale una combinación a la que solemos llamar "Café con leche", base y finalidad casi exclusiva y única de nuestra terrenal existencia.

El tema tiene su miga y hemos de volver sobre él despacio, dedicando

cualquier día todo el espacio que merece a Luis de Vargas, autor modesto, seguro, superior a todos los que cultivan ese género y acusando en cada comedia un nuevo y legítimo avance.

Hagamos extensivos nuestros plácemes a la pareja Aurora Redondo y Valeriano León: toda su labor merece palmas, pero la escena final del acto segundo y el retrato de boda merecen una estatua.

LA ETERNA INVITADA

...o, mejor: la eterna invitación al matrimonio por dinero, es la comedia de Juan Ignacio Luca de Tena y su colaborador Miguel de la Cuesta.

En esta obra se nos hace ver los inconvenientes de casarse por el dinero; a nosotros, en efecto, eso de casarnos por dinero se nos ha hecho siempre, es la verdad, Miguel de la Cuesta arriba; cierto que también se nos ha hecho igual de Cuesta arriba

casarnos de cualquier otra manera; pero es que a nosotros no se nos ha presentado nunca la ocasión de casarnos con Angelina Vilar. Hubimos la otra tarde de lamentarlo doblemente porque estuvo esta bella actriz expresiva, sobria y bien de veras, reconcentrando el sentimiento y haciendo sentir con una callada y quieta intensidad, no por reprimida menos justa.

Y siento que no quede más espacio, porque continuaria repartiendo flores.

Una flor natural a Juan Ignacio, una flor cordial a su colaborador, una flor de papel—porque el papel es lo más apreciado en los teatros—a los cómicos... Ha llegado la primavera y, apellido obliga... Estamos floridos y estamos en plena batalla de flores... Pero extenuados: no podemos más que firmar: en la firma van las flores que no hemos podido ya seguir repartiendo.

MANUEL ABRIL



—¿No sabe usted que está prohibido fumar mientras se trabaja?
—Sí, pero es que yo no trabajo.

(De *The Humorist*.)

Del buen humor ajeno

[LAS CAMPANAS DE LA IGLESIA, por Paul-Louis Hervier

Desde que llueve, es decir, desde hace mucho tiempo la venta del "Asno Rojo", en Lazenay-sur-Aurou, está llena.

Los automovilistas que saueron de la ciudad para visitar regiones lejanas, quédanse en la venta en espera de mejor tiempo.

El Sr. Sauet-Menu, dueño de la venta, su esposa, y sus dos criadas, hacen cuanto pueden por servir bien a algunos matrimonios heteróclitos parisienses, cuyos autos llenan por el momento todas las granjas de Lazenay-sur-Menu.

La lluvia bate las vidrieras de la venta "El Asno Rojo", pero no impide que sigan dentro las diversiones y juegos inocentes de los que se ven imposibilitados de salir.

Acabada la cena, todos piensan en recogerse, pero en esto suenan fuertes llamadas en la puerta de la venta. Saucet-Menu introduce en seguida en la estancia pobremente iluminada a dos viajeros, cuyos impermeables relucen cubiertos de agua.

—Una habitación, necesito una habitación—dice el hombre, en tanto que la mujer mira sin cesar el río que forma el agua que cae de su impermeable.

—Lo siento mucho señor—dice

abatido el ventero—; pero le aseguro que no puedo ofrecerse ninguna. Todo está lleno.

—¿Y el billar?

—No hay billar aquí. No hay nada, nada. En esta estancia vamos a colocar ahora, como todas las noches, las camas de los Sres. Binotou. En el corredor duermen, si pueden, la Rosa y la Camila, porque los señores Doudouloux y Ramassoir ocupan sus lechos en las buhardillas.

—Pero vamos a ver, ventero sin corazón, ¿es posible que no haya un lugar donde albergarnos? ¿No hay una cuadra, un granero, una estufa de flores? Aunque sea en casa de algún vecino... en el pueblo...

—¡Nada, señor, nada! Ponga usted el auto debajo del cobertizo de la iglesia que está ahí enfrente. Así estarán ustedes protegidos contra la lluvia. Es todo lo que puedo aconsejarle. Si usted quiere, yo mismo le ayudaré. Voy por mi linterna sorda.

Inclinándose sobre Saucet-Menu, el viajero le habla en voz baja. Ha adivinado que ni la violencia ni las amenazas pueden dar buen resultado. Y recurre a la emoción.

—Usted es casado, y seguramente, buen esposo. Sus ojos revelan bondad de corazón. Pues bien, mire usted a mi mujer, mírela y dígame francamente si no le inspira a usted piedad. Oiga, fuera, la lluvia es cada vez más violenta. Dígame, buen esposo y buen padre, si desea usted que mi pobre mujer muera, dejándola en la calle en esta noche inelmente...

—No me diga usted más, interrumpió Saucet-Menu; tengo una idea, que Dios me perdonará, ya que solo la caridad me la dicta. No es por el interés. No me pagará usted nada. Dejará lo que quiera para los pobres, nada más. Vengan ustedes. Soy pertiguero de la Iglesia de enfrente y voy a abrirles la puerta para que puedan pasar la noche en el templo. Vengan.

El viajero dió el brazo a su húngara cara mitad y desaparecieron tras del ventero, mientras que los huéspedes hacían comentarios.

—¿Dónde diablos los llevará el ventero?

Saucet-Menu, volvió a poco y satisfizo su curiosidad, tratando de justificarse.

—No iba a enviarlos a Fionne, que está a quince kilómetros de aquí, con esta noche de perros. Por una noche pueden dormir bajo el órgano de la iglesia. Mañana se irán... si no llueve.

Volvió la calma a la venta.

Todos se dispusieron a dormir.

La lluvia siguió, pertinaz, toda la noche.

Por la mañana, a eso de las ocho, comienzan a sonar las campanas sin interrupción.

Es un repique nunca oído, ni cuando se toca a fuego.

Las almas piadosas creían que algo extraordinario había ocurrido, algunos escépticos pensaban que se trataba del entierro de algún personaje de la localidad.

Los que gustan de dormir por la mañana metían la cabeza bajo las sábanas; algunos audaces miraban por las ventanas para no ver nada más que la lluvia, que seguía cayendo. Saucet-Menu, imaginando lo que era, envió a Camila, y a poco apareció ésta en el pórtico de la iglesia chillando al ventero:

—Es el señor de anoche, que pide el desayuno.

G. P.



La criada.—¿Por qué escribe usted tanto, señorito?

El señor.—Porque soy autor y escribo novelas.

La criada.—¿Tomarse tanta molestia cuando se puede comprar una novela por sesenta céntimos?



CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

L. G. S. Cádiz.—¿Conque "ni trato de billetes de Banco, ni trato de plata, ni trato de cobre"?... Pues bien: yo, ni trato de ofenderle, ni trato de molestarle, ni trato de menoscabar su dignidad; pero es usted un solemne ganso en la más lapidaria extensión de la cariñosa palabra...

C. E. O. Coruña.—Publicar eso resulta más expuesto que ir con traje de hilo blanco y sombrero de paja a Leníngrado en el mes de enero.

R. N. P. Valladolid.
El crimen de don Ovidio es una cosa espantosa. Más claro: que es una cosa como para ir a presidio.

Pero para ir a presidio usted; no el pobre e infortunado don Ovidio, que no tiene la culpa de nada, y al que nosotros defenderemos siempre con todas nuestras fuerzas.

A. M. C. Teruel.—El dibujillo está bastante bien; pero el chiste es más tonto que pretender tocar un charleston con una ocarina.

D. R. N. Bilbao.—¿Es un crimen el que a usted le dejen andar solo por la calle!

E. V. P. Madrid.—Su canto a la Primavera llega tarde y con muchísimo daño. Usted se conoce que se ha creído que, como era un canto, llegaba como pedrada en ojo de farmacéutico. Se ha equivocado usted. ¡Qué lo vamos a hacer! ¡Paciencia! ¡Otra vez será!... Aunque mejor sería que no fuese más.

E. B. R. Madrid.—¿A usted no le da sueño cuando escribe? ¡Porque a nosotros, leyéndolo, nos da una cosa que verdaderamente nos caemos a chorros!...

Aristides. Avila.—No sirve.

J. C. S. Valencia.—¿Verdad que nos promete usted que otra vez lo hará mejor?

M. M. S. Madrid.—No puede ser, amigo. No ha nacido usted para hacer versos picarescos ni cuentos humorísticos, como yo no he venido al mundo para llevar redecilla ni para bailar el tango a las tres de la madrugada.

El de siempre. Madrid.—No sirve, como de costumbre. Y ya veremos quién se cansa antes: si usted de mandar artículos, o nosotros de despedirlos en el profundísimo cesto que los aguarda anhelante.



El patrón.—Sr. Brown; he decidido subirle el sueldo diez pesetas por semana.

El empleado.—¿Quiere usted decírmelo por escrito?

El patrón.—¿No es bastante mi palabra?

El empleado.—Sí señor, pero es para enseñárselo a mi mujer, porque ella esperaba que el aumento sería de veinticinco pesetas.

Rodolfo. Valencia.

¡No, Rodolfo, no, por Dios, no se puede así escribir! Aunque te parezca mal te lo tengo que decir!

Y además, tengo que romper tus cuartillas, que es lo peor de todo.

S. T. N. Madrid.—Continúa usted sin alcanzar la soñada meta. Apriete el paso, a ver.

C. O. E. Albacete.—La descomposición poética que nos dedica con el desconcertante título de *Flores de Flora*, debe de ser una alevosa choteadura, de la que le perdonamos a usted de bonísimo grado. Aquí tenemos un alma fenomenal.

E. CH. D. Alicante.
Su sencillo *Panorama* es una linda camama.

M. P. T. Madrid.—Sin llamarle cosas feas, como tenes, no tenemos más remedio que llamárselas a tu artículo... ¡Tu artículo es un infame, un miserable, un cínico, un mal hablado (y un mal escrito) un tal

Pepita Madrid.—Eso es un horror de cursi, distinguida amiga; mucho más que los chalecos Tutankamen, ¡y ya es decir!

C. M. A. Burgos.

Es su *Problema científico* un latazo sudorífico...

Por lo menos, a nosotros nos ha hecho sudar lo nuestro. Hasta tal punto, que el que esto escribe, tenía un catarrazo de ordago y hoy está completamente aliviado, por lo cual le envía a usted las más rendidas y estrepitosas gracias.

A. P. R. Valencia.—Las dos ocurrencias son más viejas que el traje que llevaba yo puesto el día de la coronación de Alfonso XIII, que no creo será necesario decir que es el mismo que en este momento cubre mis carnes (hasta cierto punto).

P. S. S. Murcia.—No puede ser, amigo. Huele que tumba de mal.

M. M. T. Madrid.
Los ilustres pueblerinos son cincuenta desatinos.

Niceto. Madrid.—El chiste es tan anciano que, pese al dibujo (que no está del todo mal), nos hace privarnos del placer de publicarlo.

P. M. V. Cáceres.
Tu *Panorama de Grecia* tiene poquísima gracia.

Y hoy, una cosa tan necia no te la aguantan ni en Tracia.

Y mucho menos en Burgos y en la provincia de Pontevedra, donde tenemos unos cuantos suscriptores que se ponen furiosos por la menor cosa, por cuya razón lo tuyo les pondría frenéticos y paroxísticos y seguramente se armaría la obesa.

R. M. P. Oviedo.—No sirve.



EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO



Para tomar parte en este Concurso es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en uno aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un pseudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: "Para el Concurso de chistes". Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número. Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios. ¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

AMADOR FOTOGRAFO PUERTA DEL SOL, 13

Discutan un francés y un inglés las excelencias de sus países respectivos.

—No hay nada como Inglaterra; es un país sublime...

—Sí; pero no hay que olvidar que de lo sublime a lo ridículo no hay más que un paso...

—Tiene razón; tal vez sea el Paso de Calais...!

Hércules.—Enguera.

En un comercio:

El cliente.—Un traje interior que no se encoja al mojarlo.

El dependiente.—Tome, éste es de buena calidad.

Al día siguiente.

El cliente.—Usted me engañó; me dijo que no se encogía...

El dependiente.—No, señor; no se encoge al mojarlo, sino al secarse.

Minuto.—Valencia.

En la escuela.

El niño (al maestro).—Oiga, señor Gutiérrez, ¿usted me regañaría por una cosa que no hubiese hecho?

El maestro.—¿Cómo te iba a regañar, hombre!

DANDY

La mejor crema para el calzado

TRICOPILO ESTRAGUES

Usándolo dejará de caerle el cabello y hará que renazcan las hebras perdidas, excitando su vitalidad.—B. Estragués.—San Anastasio, 12, BADALONA. — De no encontrarlo en su perfumería, contra giro postal de 8 pesetas, lo remite el autor.

El premio correspondiente al número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

Una venganza muy poética.

—Pero, alma mía, ¿otra poesía dedicada al casero? Estarás loco.

—Cá, hombre. Como está en cama, y de gravedad, le mando de vez en cuando alguna "dédima" para ver si revienta.

Gurry.—Barcelona.

Ayer terminé con Pura, chico, ya no me interesa desde que sé que no usa los corsés de Casa Presa

Siempre PRESA
Fuencarral, 72 — Teléfono 51135

"¿Quién tú que lo quiera si ese es un mocoso... ni un día tan siquiera ha ido a BOTONERAS" —ca de URBANO ROJO



—¿Dónde trabajas tú?

—Aquí.

—Yo también.

El niño.—Pues no he hecho los problemas

P. P. E.—Madrid.

Un baturro se asoma a la

puerta de un establecimiento y después de mirar en el reloj de la tienda la hora que es, dirigiéndose al dependiente que está leyendo el periódico, dice:

SUSPIROS DE ESPAÑA

Vino de damas; exquisito para meriendas

Bodegas de LOS CEAS

—¿Va bien?

El dependiente, distraído, contesta.

—Bien y usted, ¿y la familia?

Pedro Soria.—Madrid.

¿En qué se parece un paraguas chiquitín a una percha?

En que el paraguas es para-güitas y la percha es para-güitos.

F. Temiño.—Ciudad Jardin.

Un borracho entra en una casa de préstamos.

—¿Es verdad que aquí se da dinero por alhajas y efectos?

—Sí, señor.

—Pues deme algunas pesetillas por el efecto que me ha causado el vino esta tarde.

J. Terán.—Madrid.

En un café se celebraba un concierto por un quinteto, cuyo programa lo componían seis piezas, el cual, en unos prospectos, estaba repartido por las mesas.

En una de las tertulias, un individuo preguntó a otro:

—¿Cuántas piezas tocan hoy?

—Siete. Toma, ahí tienes el

OZONOPINO

Ruy-Ram

programa.—Je contestó el otro dándole un prospecto.

—Aquí no veo más que seis piezas.

—Sin embargo son siete. Después de la sexta tocarán las de Villadiego.

J. Puig Clusa.—Barcelona.

Un viejo de ochenta años es condenado a treinta de presidio.

—Gracias, señor juez.—dice sollozando.

—¿Por qué?

—Porque veo el buen deseo de su señoría. Quiere que viva hasta los ciento diez años.

Jarmen Truj "Dormido".
Larache

En el cine.

El acomodador (desconfiado).
—¿La entrada...?

El espectador (distráido, apuntando hacia la puerta).—Por allí.

"Mas".—Gijón.

Doña Manuela vivía desde hacía dos años con su esposo don Edmundo, al que denunció achacando que la maltrataba. Cuando estaban en la Audien-

Hoy me he comprado un sombrero que me está de reedupete;

os vende Julián La Horra.
en Montero, 17
La Horra y siempre La Horra
Fuencarral, 26 y Montero 17

cia llamó el juez a uno de los testigos de doña Manuela, y le preguntó:

Juez.—¿Usted declara que don Edmundo maltrata a su esposa?

Testigo.—Sí, señor juez; todas las noches llega curda a su casa y la maltrata.

Juez.—¿Usted lo vió?

Testigo.—No, señor; lo oí.

Juez.—Pues siéntese ahí.

Y a todos los testigos les fué haciendo la misma pregunta y todos los testigos respondían la misma respuesta de que la maltrataba, mas el juez les contestaba las célebres palabras: "Usted lo vió? ¿No?, pues siéntese ahí".

Mas al llegar al último testigo, le pregunta:

Juez.—¿Usted declara que don Edmundo maltrata a su esposa?

Testigo.—Sí, señor juez; la maltrata mucho.

Juez.—¿Usted lo vió?

Testigo.—No, señor; lo oí.

Juez.—Pues siéntese ahí.

El testigo se dirige al banquillo y al sentarse hace un ligero ruido y se nota un olor poco agradable. El juez se levanta con aire poco tranquilizador y se dirige al testigo:

Juez.—Es usted un insolente. Parece que se le ha escapado un poco de aire.

Testigo.—¿Usted lo vió? ¿Lo oyó? Pues siéntese ahí.

Antonio Marzosa (Peldiche).
Coruña.

—¿En qué se parece el Sol a mi?

—En que son dos notas musicales.

C. G.—Toledo.

En el Hipódromo.

—Diga, señor Conde, ¿cómo fué que su caballo, cuando ganó la carrera, arrastró al jinete?

—Es que como era el del triunfo, pues le arrastró.

Enrique Soria.—Madrid.

En un establecimiento de bebidas entra un borracho y pide un "veinte" de vino.

El tabernero.—¿Cómo lo quiere: tinto o blanco?

El borracho.—Lo mismo da, es para un ciego que está ahí fuera.

P. P.—El Escorial.

En el cuartel.

El sargento.—¡Vaya unas manos! ¿No le da a usted vergüenza presentarse con unas manos tan descuidadas?

El quinto.—¿Y a eso le llama usted descuido? ¡Esto no es nada! ¡Si me viera usted los pies!!

Quique.—La Coruña.

Entre bastidores, por provincias,



El ladrón.—¿Oiga usted muerde este perro?

El empresario.—Así no podemos continuar la temporada. ¿Qué hacemos?

El director de la compañía.—Si pusiéramos *Los Mosquitos*, tendríamos "lentos".

El empresario.—Pues hombre, a ponerlos "volando".

Carlos Atienza.—Madrid.

En la calle.

La niñera exigente.—¡Hay que ver el robo! ¡Cobrar diez céntimos por un barquillo!

El barquillero.—¡Preciosidad! ¿Y qué quieres por ese precio, un trasatlántico?

A.-MA.-TA.—Ceuta.

—¿Y tú, qué hiciste cuando te arrojó el guante?

—¿Qué iba a hacer?, esperar al otro.

Roque.—Valladolid.

Un matrimonio entra en un café y a la señora se le ha aflojado una liga.

El mozo.—¿Qué va a ser, señor?

El señor.—¡Café solo!

El mozo.—¿Y la señora?

El señor.—Café y póngala la media.

Enrique Soto y Soto.

—Oiga, señor; esta peseta es falsa...

—¿En qué lo ha conocido...?

—En que le faltan las rayitas del canto...

—¡Es verdad...! Ya decía yo que se me había olvidado alguna cosa.

Hércules.—Enguera.

CANAS

INVENTO MARAVILLOSO para volver los cabellos a su color primitivo. Venta en todas partes y autor N. López Caro. Santiago; y Sucesor de Barcelona, Caspe, su, donde se dirigirá la correspondencia Isla de Cuba, pídase con el nombre de Agua de Colonia del profesor N. López Caro. República Argentina, en todas partes. ¡Ojo! Cuidado con las imitaciones y falsificaciones.

PARA VENDER EN SANTIAGO



MARCA REGISTRADA

CANAS BRILLANTINA INDIA

Sin teñir, desaparecen usando

PREMIADA EN LA EXPOSICIÓN DE HIGIENE

PRECIO EN ESPAÑA: 5 PESETAS FRASCO

Por mayor: JOSE BARREIRA. - Calle Muñoz Torrero, 6. - MADRID

TAPAS

para encuadernar colecciones
semestrales de

BUEN HUMOR

se venden en la Administración de dicho semanario a
tres pesetas una. Se envían certificadas si al remitir el
importe acompañan 0,30

PASTILLAS DE CAFE Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO

CLICHES

Se venden a precios módicos los
publicados en este semanario.

Varon Dandy



Agua de Colonia indispensable al hombre

El legítimo «Varón-Dandy» sólo se vende embotellado. A granel es siempre falsificado.



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

PRENSA NUEVA. Calvo Asensio, 3.—MADRID

BUEN HUMOR



—¿Es la Comisaría? ¡¡Que venga en seguida la policía al teatro Moreno, que un hombre acaba de asesinar al Orfeón Zaragozano!!

Dib. SAMA